



Aportes para el Debate en el Cofralandes de Organizaciones Culturales Comunitarias

IV CONGRESO IBEROAMERICANO DE CULTURA

Un privilegio colectivo

Aquí, en el marco del **IV Congreso Iberoamericano de Cultura**, cuyo eje de debate es “Cultura y Participación Popular”, tenemos la oportunidad de encontrarnos reunidas experiencias y organizaciones culturales comunitarias de todo el continente, convocadas a un “cofralandes”, ámbito de reflexión y propuestas colectivas. Se trata de una convocatoria hecha en momento particular y desafiante de la vida de nuestro continente. La **Plataforma Puente Cultura Viva Comunitaria**, nuestro colectivo latinoamericano de redes integrado por un amplio conjunto de organizaciones sociales del campo del arte, la cultura y la comunicación comunitaria, quiere compartir en estos puntos las reflexiones y contenidos que motivan nuestra visión y nuestra lucha, de modo de aportar elementos al debate de todos y todas en estos temas.

Avanzando juntos y juntas

No podemos dejar de destacar que, **por primera vez en la historia de los Congresos Iberoamericanos de Cultura, se abre un espacio formal a las iniciativas comunitarias** que, desde los pueblos, desde el terreno del arte y la creación cultural, intentamos cotidianamente en barrios, ciudades y parajes de nuestro continente construir una sociedad más justa, equitativa y sustentable, desde experiencias solidarias, basadas en el esfuerzo colectivo de vecinos, trabajadores, técnicos y activistas. Es, sin duda, una señal promisoría que este cambio se haya suscitado en el marco del debate sobre la participación y la cultura, ya que nuestras experiencias constituyen un tipo particular de actor social y político que ha cobrado una particular relevancia en el transcurso de las últimas décadas.

Creación, Comunidad, Diversidad

En efecto, experiencias de Arte para la transformación social, de comunicación comunitaria, de Teatro en comunidad, de Gestión cultural, de producción cultural autogestiva e independiente, de circuitos alternativos y comunitarios, de Centros Culturales, Bibliotecas Populares y colectivos de arte o comunicación de origen territorial o temático, de las más diversas disciplinas en las expresiones estéticas de sala o callejeras, protagonizadas por niños, jóvenes, adultos y abuelos, componen a nivel continental un proceso de notable crecimiento tanto en el ámbito urbano como el rural, mostrando novedosos modos de combinación de la organización

popular con el arte, la cultura, la comunicación, el desarrollo local y la ampliación de la democracia.

Ideas para un cambio posible

Es en este marco, y en el contexto histórico particular de un continente movilizado y esperanzado, que queremos compartir una serie de reflexiones, inquietudes y afirmaciones, con el propósito de multiplicar en todos nuestros territorios un debate no sólo conceptual y de valores, sino también fecundo en el terreno de la creación política, de la gestión, de la organización de todas las formas cotidianas que podemos encontrar en el intento de mejorar la vida de nuestros pueblos, sobretodo de sus sectores postergados y empobrecidos.

Latinoamérica y la esperanza

En este suelo indo-afro-latinoamericano en el que vivimos, nuestros pueblos y comunidades han realizado en miles de formas diferentes la vinculación entre la cultura, la política y las transformaciones sociales. Y lo tenemos en nuestros genes desde las prácticas, estéticas y rituales de nuestros pueblos originarios en los cientos de etnias que habitan el continente, combinando las instituciones de los liderazgos y las decisiones comunitarias con gestos y simbologías teatrales y religiosas, pasando por las realizaciones arquitectónicas, literarias y plásticas de sus más poderosas expresiones políticas, sumando luego el inconmensurable aporte de las culturas africanas en su vinculación con la constitución de comunidades, y procesando el mestizaje con los nuevos valores y estéticas impuestos y recreados a partir del conflictivo despliegue de la invasión colonizadora de las potencias europeas también en el terreno de lo simbólico, en Nuestra América se trata de realidades hermanadas en la trama constitutiva de una identidad múltiple y plural, luchando cotidianamente por realizar un paradigma superador del racismo, del capitalismo, de todas las discriminaciones de género y sociales y todas las formas de opresión y dominación.

Transformación es cultura

Del mismo modo, en el itinerario de las grandes luchas sociales y populares libradas por nuestros pueblos en el continente para la independencia, la ampliación de la Democracia, los derechos humanos, el acceso a realidades de mayor igualdad en la distribución de la Riqueza o en la lucha por la tierra y por la recuperación de los recursos naturales, los bienes comunes y el hábitat, vuelve a presentarse una íntima vinculación entre procesos políticos y creaciones relacionadas con el campo de la cultura en todas sus manifestaciones, incluyendo el arte, la comunicación y las manifestaciones estéticas. No es posible escindir nuestros procesos revolucionarios de producciones artísticas y culturales que, en los muros de nuestros pueblos y ciudades o en las páginas de obras inolvidables, jalonaron el camino de un continente entero hacia su libertad y la felicidad de sus pueblos.

Belleza y Comunidad

Pero la vinculación entre las creaciones del arte y la cultura con el terreno de las transformaciones políticas no sólo se expresa en el discurso y las formas de "obras" específicas. También es evidente en la realización cotidiana de procesos comunitarios, nuevos modos de organización social, redes y formas de acción y gestión que, construyendo organización social, interactúan todo el tiempo con la estructura misma de lo "instituido" potenciando muchas veces procesos de democratización, de ampliación de lo que entendemos

por participación popular en los temas políticos que afectan a ciudadanos y ciudadanas de nuestro continente. En particular, las organizaciones convocadas a este cofralandes expresan una mínima parte de esas cientos de miles de experiencias que, a lo largo y a lo ancho de Latinoamérica, generan cotidianamente importantes transformaciones sociales articuladas en iniciativas comunitarias artísticas, culturales o comunicacionales, de modo que al mismo tiempo que generan belleza crean una política emancipadora.

Una realidad de dolor y desafíos

Lo hacemos en un contexto complejo, con realidades lacerantes en lo relativo a la distribución de la riqueza, el cuidado de nuestros bienes comunes y nuestro hábitat y la construcción de democracias reales y no solo formales en el continente. Pese al crecimiento económico descrito en nuestro continente en los últimos años, al calor de un nuevo ciclo económico y del valor relativo creciente de la producción de alimentos en el mundo, **el 40% de nuestros hogares son pobres, y sólo reciben el 15% del ingreso total de nuestros países, mientras que el 10% de los hogares de mayores ingresos se apropian del 35% de esos recursos. El 20% más rico absorbe 20 veces más ingresos que el 20% más empobrecido. El hambre en nuestra región es una realidad cotidiana para más de 53 millones de herman@s, siendo analfabetos el 8,3% de los mayores de 15 años y con una mortalidad infantil de 19 por mil nacidos vivos, cifra que se agranda un 60% entre la población de nuestros pueblos originarios.** El desempleo oscila entre el 7 y el 10%, en un modelo económico continental hegemónico que sigue planteando el desarrollo desde la óptica y los intereses de las grandes transnacionales, a partir de la explotación de nuestros trabajadores y de políticas extractivas que ponen en riesgo bienes ambientales insustituibles, como el agua, las selvas y los riquísimos y variados ecosistemas que existen en nuestra Latinoamérica.

Ahora es Cuando

Al mismo tiempo, novedosos procesos políticos y sociales alientan nuevos modos para abordar estas y otras problemáticas de nuestras poblaciones. En efecto, con singular fuerza se ha extendido en el continente la convicción de que es necesario generar niveles crecientes de articulación entre nuestros países, dando origen a experiencias como la del **Mercosur, la Unasur y el ALBA**, horizontes políticos que pueden vertebrar un escenario de unidad latinoamericana y desarrollo equitativo si son protagonizados no sólo por los Estados o las empresas, sino por los Pueblos. Aquella **Patria Grande** con la que soñaron nuestros libertadores, puede hoy convertirse en iniciativas con cada vez mayores grados de articulación, legalidad e impacto en la vida cotidiana de nuestras mayorías, si se dimensiona adecuadamente el componente cultural de estas transformaciones y se impulsa con decisión una mirada respetuosa de las identidades, plural, múltiple y mestiza.

Más Democracia es más Cultura

Similar entusiasmo generan los procesos políticos de ampliación del protagonismo popular en nuestra Latinoamérica. En este plano, sólo por citar uno de los ejemplos que podemos compartir y como una de las grandes usinas de la esperanza por una Democracia Participativa e Integral para nuestro continente, podemos celebrar el camino que transita el Pueblo boliviano, con su visión del Estado Plurinacional, de la valoración de la dimensión “comunitaria” de la comprensión de la multiplicidad cultural, de la transformación de las estructuras del poder estatal y público en función de una mayor vinculación con las problemáticas de nuestras mayorías ciudadanas. Proceso que, con otras formas e iniciativas, se multiplica aquí y allá en todo nuestro continente, creando una nueva institucionalidad también en el campo de la cultura

y la comunicación y alumbrando un nuevo paradigma que puede quizás ser un aporte singular para las democracias del mundo.

Un paradigma que nace múltiple

Es en este marco en el que creemos que es trascendental una revalorización de las prácticas culturales comunitarias que estos cientos de miles de experiencias vienen explorando a lo largo y a lo ancho del continente, en pueblos, “favelas”, suburbios o grandes centros urbanos. Las organizaciones culturales comunitarias han sido actores protagónicos de notables procesos de cambio (locales, regionales y nacionales) que configuran el actual escenario social y político en el continente, y pueden potenciar aún más su capacidad transformadora, si se asume integralmente una visión distinta en la articulación entre lo público, lo comunitario y lo estatal en el campo del arte, la cultura y la comunicación. Si, además, damos una rápida mirada sobre los nuevos movimientos culturales protagonizados por los artistas y comunicadores autogestivos, o las múltiples formas de creación estética y de contenidos que los pueblos están creando a partir de los saltos tecnológicos de nuestra era, el panorama para las políticas culturales de emancipación son desafiantes y provocadores.

Políticas Culturales y Discursos Institucionales

Sin intentar hacer una descripción histórica detallada de la evolución de las políticas públicas culturales en nuestro continente, es evidente el paulatino tránsito, en documentos y declaraciones internacionales publicadas en las últimas tres décadas, hacia modelos de gestión que intentan, por lo menos en el plano del discurso, incorporar conceptos ligados al desarrollo local, la participación y el acceso democrático a los bienes culturales, la promoción de la ciudadanía, combinada con valoraciones positivas del patrimonio simbólico de las comunidades, las nuevas tecnologías y una visión de la diversidad cultural que supera la identidad entendida como un todo homogéneo, entre otros muchos conceptos. La relación entre Cultura y Desarrollo está, en este sentido, abundantemente analizada y en las modalidades de gestión propuestas surgen con claridad los dispositivos participativos al modo de Consejos Nacionales o locales Culturales.

Nunca es triste la verdad

Es necesario, sin embargo, ir un poco más allá de las declaraciones e intentar un análisis más riguroso de las políticas públicas y estatales vigentes en el campo de la cultura en nuestros países. Un relevamiento¹ desarrollado a partir de un sondeo de opinión realizado a integrantes de organizaciones artísticas, culturales y sociales de once países de América Latina y el Caribe sobre el estado de las políticas culturales en la región concluyó que *“las políticas culturales de la región carecen, en general, de continuidad, universalidad, coordinación y democratización. Así mismo, se verifica una falta generalizada de políticas públicas que estimulen y apoyen el arte comunitario, exceptuando iniciativas como la de los primeros años del Programa “Cultura Viva” en Brasil. El informe dice también que “se han realizado acciones desde organizaciones sociales de toda la región para incidir en el diseño de las políticas culturales. Los resultados de dichas acciones son, en la mayoría de los casos, incipientes pero prometedores”.*

¹ Relevamiento sobre las políticas públicas culturales en la región; autor Facundo Peña Boerio; material de la Red Latinoamericana de Arte para la Transformación Social

Obstáculos y caminos

Esta realidad tiene efectos concretos, también en la vida de las organizaciones culturales comunitarias. En efecto, si bien una gran cantidad de experiencias logran ir vertebrando el logro de sus proyectos, disfrutando colectivamente la superación de las dificultades y la creación de belleza y política, también es cierto que miles de ellas se desintegran por cuestiones vinculadas con la falta de apoyo técnico, económico o institucional, y generando la pérdida no sólo de bienes simbólicos y culturales, sino la frustración de grupos y colectivos concretos que no pudieron superar los límites de un escenario cotidiano muchas veces hostil a los proyectos colectivos y solidarios.

Cultura es prioridad

El problema tiene, así, dos dimensiones; la primera tiene que ver con la relevancia social del tema de las políticas públicas culturales en general y su peso específico en la tarea de gobiernos locales y nacionales. La segunda es, dentro de ese marco, el lugar asignado a la promoción de la autonomía de las expresiones comunitarias en el campo del arte, la comunicación y la cultura. Ambas dimensiones muestran un panorama preocupante. Para empezar, en muchos de nuestros países el área de “Cultura” se ejerce desde Secretarías o Subsecretarías y no existen aún “Ministerios” de Cultura. A pesar de la recomendación de la UNESCO respecto de la asignación de un 1% de los Presupuestos Nacionales a las políticas públicas culturales, la propuesta dista mucho de ser una realidad en nuestros países, a pesar de los visibles resultados de las iniciativas que apuestan en otro sentido. Y en relación a las organizaciones culturales comunitarias, aunque son evidentes los resultados transformadores de los procesos que, en el territorio, combinan acción cultural en espacios públicos con iniciativas participativas y de desarrollo local, la concreción de políticas estatales centradas en estos elementos son, como se dice más arriba, en materia de envergadura, inversión y alcance, tímidas, discontinuas y de escasa relevancia.

Una concepción en crisis

La falta de iniciativas en este tema por parte de los gobiernos es reveladora de un límite conceptual que debe ser revisado. En muchos casos, se insiste con un esquema basado en la consigna de “llevar la cultura a los barrios” que redundará en acciones esporádicas de divulgación de propuestas artísticas más o menos “consagradas” en las poblaciones, o en la instalación de estructuras estatales en la comunidad, dotadas, en el mejor de los casos, de un equipo docente de profesores de variadas disciplinas, la mayoría de las veces sin un sólido trabajo de articulación local con la vida comunitaria preexistente en el territorio y sin los suficientes grados de integración con la dinámica del desarrollo local. No puede afirmarse que estos intentos no produzcan beneficios para las comunidades; sin embargo, creemos que en la concepción citada no se respetan adecuadamente los procesos que suelen darse en las comunidades, se desperdician recursos y se refuerza una suerte de cultura de la delegación que sitúan siempre en los actores más poderosos las herramientas para el desarrollo y el progreso comunitario.

Otra visión del territorio

En efecto, la no priorización de la búsqueda y localización de iniciativas existentes, así como el no reconocimiento de las expresiones culturales, artísticas o comunicacionales que en lo local son ejercidas por grupos de ciudadanos y ciudadanas, junto con la omisión de políticas que fortalezcan estas iniciativas en lo económico y lo institucional, muestran que, en muchos casos,

la espacialidad territorial sigue siendo vista desde gran parte de la esfera gubernamental como “escenario geográfico” de las políticas elaboradas en un centro, y no como el lugar posible para el nacimiento e impulso de iniciativas colectivas, democráticas y populares. En la perspectiva de una sociabilidad más humana, que necesita una recuperación del hábitat compartido tanto en lo urbano como en lo rural para enfrentar temas como la pobreza y las distintas formas de violencia que hoy sufrimos, semejante límite constituye un tema a ser debatido de manera urgente. Insistir con esta perspectiva significa dejar al espacio público y a la gestión del intercambio cultural en manos de las iniciativas impulsadas por las fuerzas del Mercado, que con sus shoppings y centros comerciales nos muestra un solo modo de intercambiar bienes simbólicos: el que necesita convertirlos en mercancías rentables. Las organizaciones culturales comunitarias realizamos de hecho una hipótesis distinta: el espacio público es, antes que nada, el lugar donde podemos ser comunidad solidariamente, compartiendo la fiesta y el encuentro e incluso también debatiendo nuestros conflictos y resolviéndolos en democracia. Que esta perspectiva no sea fortalecida por el Estado con sistematicidad y decisión constituye un grave obstáculo para el desarrollo integral de nuestras comunidades.

Buenas noticias

En el transcurso de las últimas décadas, sin embargo, también han existido intentos locales y regionales de políticas vertebradas desde un nivel más profundo de compromiso con la perspectiva de la cultura comunitaria. Estos proyectos han demostrado en la práctica resultados transformadores, y han suscitado un sinnúmero de otros proyectos sociales de desarrollo y progreso en su ámbito de intervención (barrial, municipal o regional). Sin embargo, es una la iniciativa que logró en los últimos años convocar la adhesión de miles de experiencias en todo el continente y mostrar que efectivamente podía realizarse un paradigma diferente. En efecto, los “Puntos de Cultura” creados por el pueblo y el Gobierno de Brasil, dentro del ya mencionado programa de Cultura Viva, pusieron en práctica una concepción diferente en este tema. Tanto por el modo de gestión, que comenzaba por la detección en el territorio de las experiencias existentes y continuaba con la puesta en marcha de dispositivos económicos, formativos y tecnológicos para el fortalecimiento de esas organizaciones, como por la envergadura de la inversión promovida por el Estado, el trabajo en red, la valoración de la autonomía y el impacto en los circuitos culturales nacionales y regionales, los “Puntos de Cultura” fueron el programa estatal que generó un nuevo piso en la movilización social de las organizaciones culturales comunitarias.

Una lucha y algunos triunfos

La Plataforma Puente Cultura Viva Comunitaria ha vertebrado a un conjunto de redes y organizaciones de todo el continente. Entre ellas están la Red Latinoamericana de Arte para la Transformación Social, ALER (Asociación Latinoamericana de Enseñanza Radiofónica), la Red Latinoamericana de Teatro en Comunidad, la Red Latinoamericana de Gestores Culturales, ALACP (Articulación Latinoamericana Cultura y Política), ABRA, la Red Maraca, Red por la Vida y la Red Mesoamericana de Arte para la Transformación Social. La Plataforma Puente Cultura Viva Comunitaria logró la sanción de un anteproyecto de norma legislativa en el Parlamento del Mercosur para la aplicación de los “Puntos de Cultura” en sus países miembros. Esto ha permitido que en todo el continente las organizaciones iniciaran procesos de movilización para debatir y comenzar la discusión social de un nuevo modo de abordaje de las políticas públicas en el campo de la cultura comunitaria, autogestiva e independiente. Se trata de un proceso que ha generado acciones movilizadoras en muchos de nuestros países; caravanas, talleres, propuestas de legislación, incipientes programas estatales con una visión emparentada con estas iniciativas, etc.

Hacia una Democracia Participativa e Integral

Creemos que las políticas públicas culturales necesarias en este particular momento histórico del continente deben basarse en un paradigma diferente, que resitúe al espacio comunitario, local y territorial en un lugar de mayor importancia en la vida de la producción cultural del conjunto de la sociedad, dentro de la concepción de una Democracia Participativa e Integral. Una nueva sociabilidad que pueda resolver la inequidad existente, los problemas derivados de la pobreza, la necesidad del debate sobre los actuales patrones de consumo, las situaciones de marginación y violencia y la puesta en marcha de procesos de desarrollo participativos, sustentables y respetuosos del hábitat y del medio ambiente sólo puede realizarse desde una mirada en la que el territorio y su población dejen de ser, como dijimos, el escenario geográfico pasivo de las políticas elaboradas en un centro, para ser concebidos desde un inicio como los actores fundamentales de un desarrollo participativo e integral de las capacidades existentes en un esquema integrado conscientemente en las perspectivas regionales, nacionales y continentales. Y, desde esa visión, el potencial vivo en las expresiones de la cultura comunitaria, del arte y la comunicación que protagonizan en el territorio cientos de miles de pobladores tienen un rol fundamental, indispensable en el camino que es necesario recorrer.

Universalidad y Equidad

Desde esa clave, creemos que es necesario y urgente asumir la prioridad del impulso de iniciativas y programas que, desde un enfoque alejado de la “focalización” neoliberal, garantice un piso universal de garantías de derechos a toda la población en materia de distribución de la riqueza, con mecanismos democráticos que se sustraigan a los modos del clientelismo y la dominación institucional. Esas políticas, provocadoras de un nuevo escenario de equidad, deben ir acompañadas de estrategias que recuperen para las poblaciones y la comunidad, y para los Estados, el control de las políticas sobre los recursos naturales, los bienes comunes, el medio ambiente y el hábitat, en procesos de ampliación de la Democracia que redunden en instrumentos nuevos de participación popular para el desarrollo local, con un esfuerzo especial en la promoción de iniciativas de Economía Social y solidaria. Si esos procesos se impulsan desde una concepción integral, creemos que puede darse una batalla victoriosa contra la inequidad, la destrucción de la naturaleza y contra todas las formas de opresión a las que nos condenan el capitalismo, el racismo y todas las discriminaciones sociales o de género.

Democracia Cultural

En ese marco, es necesario impulsar efectivamente en nuestros países la recomendación de la UNESCO en el sentido de la inversión de un porcentaje no menor al 1% de los Presupuestos Nacionales en materia de Cultura. Esos Ministerios de Cultura pueden convertirse, desde esta clave, en motores de la construcción de una Democracia Cultural que generen un modo distinto de vinculación entre nuestros Pueblos y los bienes culturales, ya no desde una concepción centrada en el consumo y en la creación de mercancías, sino en la perspectiva de la producción autónoma, solidaria y popular del patrimonio simbólico y cultural, de sus circuitos y de su relación con el desarrollo comunitario.

0,1% de los Presupuestos Nacionales para la Cultura Comunitaria

Del mismo modo, la **Plataforma Puente Cultura Viva Comunitaria** lleva adelante una campaña integral en el continente para lograr que asigne el **0,1% de los Presupuestos Nacionales a la detección, la promoción y el fortalecimiento de las expresiones y organizaciones del arte, la comunicación y la cultura comunitaria, autogestiva e**

independiente. Se trata de una política indispensable para el adecuado impulso a un esquema de desarrollo participativo y sustentable, que daría cuenta de una pequeña parte de la vida cultural comunitaria de nuestro Pueblo, pero con imprevisibles y esperanzadoras potencialidades de crecimiento y multiplicación. Una medida de este tipo generaría un escenario de mejores condiciones no sólo para la estabilidad y la continuidad de las iniciativas, sino para la asunción de proyectos más comprometidos con la comunidad y con la belleza, valores ambos que hacen a la vida de los colectivos. Con herramientas y dispositivos adecuados a cada realidad local, nos parece, sin embargo útil subrayar el modelo de los “Puntos de Cultura” como un buen punto de partida a la hora de imaginar y diseñar metodologías y herramientas de gestión para nuestros países.

Gestión Asociada, Participación y Desarrollo

Este conjunto de nuevos instrumentos y un impulso decidido en la inversión de recursos en estos temas debe alentar también la conformación de espacios participativos de gestión asociada entre los Gobiernos, las Universidades y las Organizaciones Sociales, Redes y experiencias comunitarias en ámbitos locales, municipales y regionales que permitan una circulación permanente de los procesos de evaluación y corrección que pueden dotar a estas estrategias de los mejores grados de eficacia, impacto social y transparencia. Estos espacios podrán también avanzar en la creación de nuevos instrumentos legales y jurídicos que den un encuadre adecuado a la producción cultural comunitaria, autogestiva e independiente, alentando la autonomía y la creación. Se trata de impulsar un proceso que también redunde en una transformación de nuestras sociedades y de nuestros Estados, en el camino hacia una Democracia Participativa e Integral también en la producción y circulación de nuestros bienes culturales.

Redes y formación

Del mismo modo, el impulso de estas iniciativas pueden multiplicar la articulación de experiencias en redes y circuitos de intercambio que potencien la circulación de saberes, estéticas y prácticas entre las experiencias culturales existentes, generando la sinergia necesaria para transformaciones no sólo en el orden local, sino en el regional y el global. Un nuevo modo de pensar la cultura comunitaria que recupere los ámbitos colectivos y los avances tecnológicos en un pensar y un actuar solidario y continental. Se trata de una matriz posible y múltiple en la que efectivamente pueden vertebrarse nuevas modalidades de producción de conocimiento, formación y capacitación, vinculadas al intercambio colectivo y cotidiano.

Un desafío para todos y todas

Las organizaciones culturales comunitarias desarrollan una tarea especial y fundamental en la construcción de nuestras Democracias. Son, en la perspectiva del eje de este IV Congreso Iberoamericano de Cultura, cuyo objeto es la “Cultura y la Participación Popular”, un actor privilegiado en la promoción de valores y procesos sociales y estéticos en miles de comunidades latinoamericanas. Intentamos, en estas reflexiones, situar una serie de puntos que creemos son fundamentales en la perspectiva de imaginar colectivamente una nueva sociabilidad más democrática y equitativa, en un continente cuyas múltiples identidades portan, quizá, una perspectiva de avance hacia “un Mundo en el que quepan muchos Mundos”.